

# Cuadernos Hispanoamericanos

**Sonia Mattalía**

Macedonio Fernández/Jorge Luis Borges:  
la superstición de las genealogías



**Publicado en el número 505/507  
(Julio-Septiembre 1992)**

# Macedonio Fernández/ Jorge Luis Borges: la superstición de las genealogías

Es raro el literato que no se asusta de  
parecer sólo literato

Macedonio Fernández

**L**o que Borges denominó «la supersticiosa ética del lector» que consiste en leer lo que viene después como consecuencia de lo anterior, ha producido un tópico en los estudios críticos: el de suponer una relación de descendencia, símil de las parentales, entre las propuestas filosófico-literarias de Macedonio Fernández y las de Jorge Luis Borges. En una reflexión autocrítica Noé Jitrik hacia una síntesis de su posición frente a los textos de Borges que, por su lucidez evaluadora, creo podría englobar a una parte de la más sustanciosa producción crítica —argentina en su mayor parte— sobre la relación entre ambos autores: «(...) entretanto me referí a Borges en varios textos que no vale la pena citar: están ahí y él aparece en casi todos como el que dio al solitario y desesperado mensaje de Macedonio Fernández una forma sólida, una transmisibilidad que Macedonio no sólo no había podido alcanzar sino que desdénaba: Borges como correa de transmisión que toca toda la moderna literatura latinoamericana y, a su través, la revolución macedoniana»<sup>1</sup>. Borges, aparece pues como el hijo que domestica la herencia simbólica y la conjuga —la conjura—, limando toda su fuerza utópica. Como el propio Jitrik señala con agudeza, este movimiento diluye el desasosiego, la fuerza desestabilizadora de la escritura borgeana.

Otra parte de la crítica opera en sentido inverso: la potencia de Borges transforma a Macedonio en el referente necesario para comprender a Borges del cual, no obstante, siempre queda un «resto» inefable —espacio de la intranquilidad de los discursos

<sup>1</sup> Jitrik, Noé: «Sentimientos complejos sobre Borges», en *La vibración del presente*, México, F.C.E., 1987, pág. 15.

asertivos— que sólo se resuelve por la identificación: a pesar del ascendente macedoniano, Borges es «absolutamente» Borges.

Es cierto que la relación parental fue cultivada por ambos y a ese clavo ardiendo nos agarramos todos. Una relación parental documentada por Borges en dos direcciones opuestas, de reconocimiento o de negación. Así en una conocida cita afirmaba:

...Los historiadores de la mística judía hablan de un tipo de maestro, el Zaddik cuya doctrina de ley es menos importante que el hecho de que él mismo es la ley. Algo de Zaddik hubo en Macedonio. Yo por aquellos años lo imité hasta la transcripción, hasta el devoto y apasionado plagio. Yo sentía: Macedonio es la metafísica, es la literatura.

Y a éste le sucede el Borges que lo califica como un «excelente hablador» y lo coloca en el terreno de la maestría oral, no literaria. En la edición de la *Antología de la literatura fantástica* que hicieron Borges, Bioy Casares y Sivina Ocampo, Macedonio es presentado como «humorista y metafísico argentino», aunque se puntualiza que su obra es «originalísima y se distingue por el fervor y las continuas invenciones».

Por su parte, Macedonio con su característica finta escamoteadora de la monumentalidad de la escritura, llegó a afirmar: «Nací porteño y en un año muy 1874. Todavía no, pero muy poco después empecé a ser citado por Jorge Luis Borges, con tan poca timidez de encomios que por el terrible riesgo a que se expuso con esta vehemencia comencé yo a ser el autor de lo mejor que él había producido. Fui un talento de facto, por arrollamiento, por usurpación de la obra de él»<sup>2</sup>.

El tópico parental se resuelve —arriesgo— entre ambas escrituras más que como un juego de herencias y débitos del «escritor joven» ante el «escritor viejo», en un juego de miradas entrecruzadas, de reflexiones semejantes y distantes, de fascinaciones y extrañamientos. Más allá del fetichismo de la cronología y de la genealogía, de las citas reverentes o irreverentes de Borges, de los admirativos juicios de Macedonio, lo que se establece entre ambas escrituras es un toma y daca en el que la identificación se rompe por la ironización de los lugares.

En el año 1924, según la dificultosa cronología de la producción macedoniana, había aparecido en el número 2 de la vanguardista *Proa*, en su segunda época, un artículo de Macedonio titulado «La Metafísica, crítica del conocimiento. La Mística, crítica del Ser»<sup>3</sup>. Un año después, el primer libro de ensayos de Borges, *Inquisiciones*, editado por *Proa* en 1925, incluye dos textos «La nadería de la personalidad» y «La encrucijada de Berkeley» reconocidos en su Advertencia final como: «los dos textos metafísicos que este volumen incluye, fueron pensados a la vera de claras discusiones con Macedonio Fernández (pág. 160)»<sup>4</sup>. El propio reconocimiento contiene ya su regateo: el magisterio supuesto se explicita como terreno de una discusión que —al menos en el sentido liberal— implica un intercambio.

Dos objetivos diferentes, creo, guían estos primeros textos, y aunque empresa trivial frente a la densidad de las producciones de ambos autores, me gustaría puntuar ese explicitado terreno de discusión, partiendo de ellos.

<sup>2</sup> Fernández, Macedonio. *Autobiografía citada por Ramón Gómez de la Serna en su Prólogo a Papeles de Recienvenido*. Continuación de la Nada, Buenos Aires, Lozada, 1944, pág. 14.

<sup>3</sup> La datación sigue la establecida en la bibliografía de Macedonio realizada por Borinsky, Alicia, Macedonio Fernández y la teoría crítica. Una evaluación, Buenos Aires, Corregidor, 1987, pág. 187. Aunque las citas de sus textos, salvo excepción, siguen la edición de Fernández Moreno, César: *Fernández, Macedonio: Museo de la Novela de la Eterna*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, se consignará la página entre paréntesis.

<sup>4</sup> Borges, Jorge Luis: *Inquisiciones*, Buenos Aires, Proa, 1925. Las citas de estos textos siguen esta edición, la página se consigna entre paréntesis. Debo la posesión de una copia de este texto no reeditado a la eficacia generosa de Enriqueta Morillas.

La tensión entre la afirmación del ser —lo existente— y la negación del mismo —la nada—, atraviesa la escritura macedoniana tanto en sus escritos metafísicos como en su producción más estrictamente adscribible a lo literario<sup>5</sup>. La argumentación de un idealismo radical, que niega la materia, la causalidad y sus derivados —el tiempo, el espacio, la separación entre realidad exterior e interior, la consistencia del yo— se levanta en los escritos macedonianos como afirmación de lo existente, descrito en su globalidad como el «todo-sintiente». Afirmación enfática, a veces con ribetes sensualistas, a veces desesperados, que conjura un fantasma que deambula y reaparece por los textos de Macedonio: la muerte.

Justamente el punto de partida de su artículo en *Proa* es mostrar la impertinencia de la muerte. El primer movimiento define al hombre como «unidad místico-práctica»; como práctico el hombre persiste en su ser, en su existencia; y como místico, para «enfaticar el ser, porque algo sea siempre y sea más (...) concibe, para contrastarlo, la muerte. ¿Cuál? La suya propia (...) ¿Dónde su muerte? En el pasado y el porvenir, palabras de dos muertes, a los que hace vivos para que contengan su muerte propia imposible. La palabra del ser es el presente. Cree figurarse a veces que su individuo psíquico comenzó en dado tiempo y que será otra vez nada en tiempo que vendrá; que es preexistido y postexistido por el mundo» (pág. 97). La necesidad de afirmación del ser produce la imaginación de su opuesto, la negación; y ésta a su vez trae consigo un conjunto de pseudo-preguntas que se dirigen al origen y al fin del ser, a la figuración de la muerte. Este es el mecanismo causalista por medio del cual se instituyen las categorías que sugieran continuidad: el tiempo, el espacio, el yo, la materia.

Para Macedonio estas figuraciones desvían al hombre de su cualidad mística, por ello la metafísica, como crítica del conocimiento, debe remover estas falaces categorías mostrando por el contrario la unidad del ser y a ello dedica el resto del artículo, refutando «los huecos juegos de Berkeley y Descartes» y afirmando que el «númeno» y los imperativos categóricos kantianos son meros verbalismos, ingredientes «a-metafísicos» que Kant utilizó con un sentido filantrópico y tranquilizador, como «actitudes de su caridad hacia los hombres: las creía bienhechoras»<sup>6</sup>.

Tornando al terreno de la muerte: en tanto figuración a-perceptiva, pues las «únicas muertes que el hombre conoce son aquellas a que se sobrevive: el sueño profundo, el desmayo y los mínimos instantes de cada día en que nada se siente o piensa» (pág. 97), la muerte es «una obtención momentánea de la estética a costa de la mística». La belleza, opuesta a lo «bonito» en decir de Schopenhauer, se realiza solamente en la tragedia: la belleza, dice, «siempre nos conversa de la muerte».

Todo el fundamento de la metafísica macedoniana parte de esa certeza vivencial que él llama «el asombro de ser, de que algo sea». Este asombro es el que abre la «verdadera percepción»: esta certeza y perplejidad de ser conforma la percepción de la unidad: «La externalidad, la materia, “nuestro cuerpo”, y el cuerpo de nadie, no poseído psíquicamente, o cosmos, nada son, son inexistencias. Los estados que llamamos de percepción existen como estados, pero sin objeto; el ser, el mundo, no es

<sup>5</sup> Vid. el análisis de las diferentes modalidades de la nada en el lenguaje macedoniano en: Barrenechea, Ana María: «Macedonio Fernández y su humorismo de la nada», en Lafforgue, J. (comp.): Nueva novela latinoamericana II, Buenos Aires, Paidós, 1974.

<sup>6</sup> En un texto poco difundido, Codear fuera a Kant es lo primero en *Metafísica* (1934), editado por Ilka Krupkin, Buenos Aires, 1966, y que llegó a mis manos por la generosidad innumerable de Rafael Gutiérrez Girardot, las afirmaciones de Macedonio sobre Kant son menos magnánimas. Aparte de negarlo como metafísico, refuta duramente sus teorías estéticas. Como muestra cito su comienzo: «Es hasta poco serio refutar, tomar en serio muchos párrafos —que no proposiciones, porque si las hubo son pocas o no se entienden— de Kant. Así, no hay por donde empezar una computación de la inverosímil insignificancia de su teoría estética, excursión oficiosa, intrincada, con enredos, clasificaciones y denominaciones arbitrarias para disimular su incompetencia y carente vocación, en un asunto al que era escasamente sensible».

de percepción. No hay objeto; somos lo percibido, y lo que "somos" cuando percibimos, nada es sin el estado de percepción sin sujeto. La percepción, la copresencia sujeto-objeto, es irreal. Todo lo "somos", no lo "percibimos" (pág. 98). Para Macedonio la categoría mística por excelencia es la intensidad, punto máximo del «sólo pensamiento místico: la identidad ser-presente, que comporta que ser y no ser es imposible, lo mismo en distinto tiempo que al mismo tiempo» (pág. 98).

Si el credo de la mística es el sólo ser presente, y si el nudo de la metafísica parte de la perplejidad de ser para negar todas las categorías a-perceptivas (materia, tiempo, espacio, causalidad, yo) disueltas en una sola constancia —el fenómeno— para cuya «percepción pura» Macedonio propone como métodos básicos la contemplación —esfuerzo de atención lógica que lleva a depurar la percepción de los fenómenos— y la pasión —en su sentido de pathos— como procedimiento<sup>7</sup>, ¿cuál es el lugar del lenguaje?, ¿cuál el de la palabra?

En un texto anterior, «Bases en metafísica» (1908) afirmaba: «Es gran espectáculo de tortura, de instinto humano en fiebre angustiada y embriagadora, la busca de una posición mental frente al fenómeno, que nos exhibe la literatura metafísica. Su situación hoy y siempre es la de todas las búsquedas humanas y necesidades morales: todo balbuceado, nada dicho» (pág. 68). Este «balbuceo», convertido en «situación», expresa el lugar de la palabra en la propuesta macedoniana: si el ser y el presente son idénticos, toda palabra es plena y varia; niega así la idea del lenguaje como sucesión, como expresión de la temporalidad o de la espacialidad. La ley de coherencia que el discurso parece imponer es efecto de la ilusoriedad causalista que afirma la existencia de un yo que enuncia, una realidad a la que se refiere, etc. agrediendo el tan llevado y traído tema de la comunicabilidad del lenguaje. Enunciar es significar. Todo lo dicho es nada.

Más aún, esta propuesta ataca a un punto nodal de lo «literario»: la literatura se erige como discurso de «otra cosa», como presencia de una supuesta ausencia, como negación de su presencia. Por ello Macedonio afirmará la letra, la escritura como plena presencia; una letra despojada de toda alusión a lo «literario», entendido como conjunto de causalidades —lógica del discurso, yo, temporalidad—, «coqueterías literarias», dice, que se desentienden del fenómeno. No se le esconde, empero, que el idioma es algo que se comparte, por ello la permanente cautela: todo lo escrito es «provisional», «inacabado», «infiel».

Anota Piglia: «El pensamiento negativo en Macedonio Fernández. La nada: todas las variantes de la negación (paradojas, non-sense, anti-novela, anti-realismo). Sobre todo la negatividad lingüística: el placer hermético. El idiolecto, la lengua cifrada y personal. Creación de un nuevo lenguaje como utopía máxima: escribir en una lengua que no existe. El fraseo macedoniano: los verbos en infinitivo, el hipébaton. La sintaxis arcaizante del habla popular»<sup>8</sup>.

Más aún: «La palabra del ser es el presente» —afila Macedonio— en un sentido literal: sólo el «balbuceo» es la palabra del ser.

<sup>7</sup> Vid. al respecto los textos: Fernández, M.: «Bases en Metafísica» (1908) y «La Metafísica» (1908), Ed. cit., pág. 65 y ss. y «Ediciones pro fantasía y expectación», pág. 101 y ss. En cuanto a la relación de su filosofía con sus propuestas estéticas me he referido a ella en: «Ramón Gómez de la Serna, Macedonio Fernández, J. Luis Borges: el cruce vanguardista y la agonía de la novela» en Mattalía, S. (coord.): Borges entre la tradición y la vanguardia, Valencia, Generalitat Valenciana, 1990; y «Trivialidad y metafísica en Macedonio Fernández o el Cosmos convertido en un zapallo», en Morillas, E. (ed.): El relato fantástico en España e Hispanoamérica, Madrid, Ed. Siruela, 1991.

<sup>8</sup> Piglia, Ricardo: «Notas sobre Macedonio en un Diario», en Prisión perpetua, Sudamericana, Buenos Aires, 1988, pág. 91. Vid. Mattalía, Sonia y Company, Juan Miguel: «Lo real como imposible en Borges», Cuadernos hispanoamericanos, n.º 431, año 1986.

En sus ensayos sobre la nueva estética Macedonio apuntará a la creación de una nueva escritura, despojada de toda suscitación «literaria» (ilusión de sensorialidad, sonoridad, etc. a las que califica de «extra-artísticas»). Así afirma que «un arte es tanto más puro cuanto menos grato a los sentidos es un órgano o medio de comunicación (...) los desagradables signos de la escritura son también puros de toda sensorialidad». La escritura es, además, el espacio de una libertad —ese espacio neutro donde el ser se confirma en su dispersión y su unidad—<sup>9</sup> y el efecto buscado: un efecto concienical en el lector para desestructurar su ilusión de consistencia. Por ello, esa negatividad a la que apunta Piglia, se erige como una nueva forma de enunciación: no asertiva, no dirigida, y en permanente afirmación de su ser —esto es de su literalidad— y una nueva forma de leer, dispersa, plural, «salteada» como corresponde a una escritura «balbuçada».

La estética que Macedonio construye apunta a una utopía: la de la construcción de una escritura-lectura plural, móvil, colectiva; en la cual la enunciación explota y, obscenamente, muestra su propia condición de aparato de control/acotación de los discursos.

«La nadería de la personalidad» se mueve sobre una diversa lógica discursiva, una lógica que aunque explícita su pretensión de desechar toda «urdimbre lógica» y «hacinar ejemplos» erige en el texto una linealidad argumental casi silogística: parte de unos objetivos explícitos —«Quiero abatir la excepcional preeminencia que hoy suele adjudicarse al yo (...) Pienso probar que la personalidad es una trasañación consentida por el engreimiento y el hábito, mas sin estribaderas metafísicas ni realidad entrañal.»— (pág. 84); explícita un método ejemplificador, lo desarrolla y concluye la demostración de su tesis. Por el envés de la especulación metafísica y en contrapunteo permanente con ella, el gesto que atraviesa este primario artículo borgeano da primacía al espacio de la creación artística: «(...) aplicar a la literatura las consecuencias dimanantes de esas premisas, y levantar sobre ellas una estética, hostil al psicologismo que nos dejó el siglo pasado, afecta a los clásicos y empero alentadora de las más discolas tendencias de hoy» (pág. 84).

La negación del yo se concentra en poner en cuestión tres conceptos, que luego se confirmarán en la producción posterior: el sujeto como principio unificado, y de él la discusión de la temporalidad en su vivencia más personal: la memoria como base de la identidad.

La única marca del sujeto es una persistente sensación de extrañeza frente al sí mismo, tanto en el presente como en el pasado. El ejemplo borgiano es Torres de Villarroel, «sistematizador de Quevedo» quien, en su decir, «palpó su fundamental incongruencia; vio que era semejante a los otros, vale decir, que no era nadie, y que era apenas una algarada confusa, persistiendo en el tiempo» (pág. 89). Así la memoria, «erario de recuerdos», depositaria personal del tiempo y garantía de la continuidad de la identidad, no es otra cosa que la discontinuidad innumerable de los estados de conciencia; la certeza del ser, una discontinuidad de sensaciones experienciales.

<sup>9</sup> Vid. García, Germán: Macedonio Fernández: la escritura en objeto, *especialmente cap. 8 y 9*; Buenos Aires, Siglo XXI, 1975; y Jitrik, Noé: «La "novela futura" de Macedonio Fernández», en Lafforgue, J. (comp.): Nueva narrativa hispanoamericana 2, Ed. cit.

«La encrucijada de Berkeley» se presenta como una revisión de «La nadería...», por ser éste un texto «demasiadamente mortificado de la literatura». De la afirmación de Berkeley, «esse rerum est percipi: la perceptibilidad es el ser de las cosas», Borges radicaliza y hace extensivo al espíritu la condición de inexistente que el obispo atribuía a la materia, para entre otras cosas distinguir entre el Berkeley pensador y el teólogo; si el primero podía ejercer de desmenuzador, desquiciador del universo, el segundo debía inventarse un espíritu eterno. Según palabras de este agudísimo Borges joven: «Dios le sirvió de argamasa para empalmar los trozos dispersos del mundo o, con más propiedad, hizo de nexo para las cuentas desparramadas de las diversas percepciones e ideas» (pág. 114). Al quitar la hipótesis de la unidad del espíritu —cuya máxima expresión es la divinidad— «ambos enormes sustantivos, espíritu y materia, se desvanecen a un tiempo y la vida se vuelve un enmarañado tropel de situaciones de ánimo, un ensueño sin soñador» (pág. 115). Desde donde se hace imposible mantener las grandes continuidades metafísicas: el yo, el espacio, el tiempo.

Pero cabe remarcar que el sujeto al que Borges cuestiona se perfila siempre en relación al texto escrito: «¿Eres tú acaso al sopesar estas inquietudes algo más que una indiferencia resbalante sobre la argumentación que señalo? (...) Yo, al escribirlas, sólo soy una certidumbre que inquiere las palabras más aptas para persuadir tu atención», dice en «La nadería...». Entre esa «indiferencia resbalante» que lee y esa «certidumbre» que escribe se desliza una preocupación claramente literaria: la de persuadir, esto es la de producir un efecto de lectura. La brecha entre el emisor y el receptor se balancea por medio del trabajo textual: en Borges el texto tiene la última palabra. Entre la indiferencia y la certidumbre se establece un duelo que se resuelve en la estrategia narrativa.

La preocupación borgiana configura un proyecto deconstructivo estético más que filosófico, que arremete contra las propuestas decimonónicas; su objetivo más inmediato, más pragmático, se mantiene siempre en el terreno de lo literario como sistema. Su ironía carga contra «el vocinglero individualismo» como expresión de una doble vertiente ideológica hegemónica en la producción artística, a la que Borges ataca frontalmente. Por una parte, la idea de la expresividad de lo literario como marca distintiva: si cualquier instante «puede formar, en su breve plazo, nuestra esencialidad», en el terreno de «la literatura esto significa que procurar expresarse, y querer expresar la vida entera, son una sola cosa y la misma» (pág. 91). Por otra, la «egolatría romántica», que a su vez, implica la idea de la búsqueda de la originalidad como gesto directriz del trabajo artístico y el concepto de mimesis realista; su cuestionamiento de la estética decimonónica, a la que califica de «raigalmen subjetiva» se dirige a poner en solfa sus procedimientos —desde el desborde enumerativo de Whitman hasta la vocación hiperrealista del cubismo de Picasso—.

Años después, en «La postulación de la realidad», incluido en *Discusión* (1932), siguiendo y deshistorizando la arquetípica división entre clásicos y románticos, Borges manifiesta la pobreza de la inquietud romántica por la expresividad, que surge de

su desconfianza en el lenguaje. «El clásico —afirma— no desconfía del lenguaje, cree en la suficiente virtud de cada uno de sus signos». El proceso abstractivo y generalizador de los clásicos se plantea como una característica general del movimiento perceptivo del hombre; y la virtud de la escritura clásica es, justamente, prescindir de la pluralidad, de la diferencia, de la individualidad, para ella «la literatura es siempre una sola». Para ellos «el hallazgo romántico de la personalidad no era ni presentado».

Es altamente significativo que en un mismo arco Borges une el principio de realidad clásico con la paternidad, cuando dice: «La realidad que los escritores clásicos proponen es cuestión de confianza, como la paternidad para cierto personaje de *Lehrjahre*. La que procuran agotar los románticos es de carácter impositivo más bien: su método continuo es el énfasis, la mentira parcial. No inquiero ilustraciones: todas las páginas de prosa o de verso que son profesionalmente actuales pueden ser interrogadas con éxito»<sup>10</sup>. Justamente la estabilidad del orden simbólico que propone la literatura clásica es la que Borges intentará desestabilizar, pero eludiendo el criticismo romántico que se afianza en la diferencia. Su estrategia será, por el contrario, mimetizar ese orden estatuido para corroerlo desde su interior. Es ésa la clave de su teoría del relato, de su poética narrativa: producir un efecto de máxima coherencia y trabajar la tersura de lo simbólico, pero mechándolo de incertidumbres.

La exploración borgeana de estos ensayos primerizos se dirige a un encuentro: el de su teoría del relato breve, que será explicitada en la década siguiente en diversos textos. En «El arte narrativo y la magia», incluido en *Discusión* (1932), Borges arremete contra la concepción del realismo decimonónico, pero no cuestionando la causalidad a la que reconoce como «el problema central de la narrativa» sino contra su efecto de realidad que pretende, «a través de una concatenación de motivos» no diferir del mundo real, para luego reivindicar una causalidad diferente, la del relato de aventuras, del relato breve, del cine: «Un orden muy diverso los rige, lúcido y atávico. La primitiva claridad de la magia». Orden que, párrafos más adelante, definirá como «la coronación o pesadilla de lo causal, no su contradicción»<sup>11</sup>. Su poética narrativa ejercerá esta pesadilla.

Por otra parte, estas primeras *Inquisiciones* abren brecha hacia el feroz antipsicologismo de Borges, no sólo porque señalan la ficcionalidad del yo, de la personalidad, del individualismo, sino porque desde ellas se niega el principio del personaje como unidad consistente, característico de la «morosa novela de caracteres», y se esboza el concepto de personaje como lugar, como función, definido entre la carencia de atribuciones particulares y lo abstracto arquetípico, que Borges comienza a ensayar ya en su *Historia universal de la infamia* (1935). También, porque en ellos se cuestiona al autor como lugar individual creativo, como referencialidad biográfico-histórica, y se lo hace ingresar en la categoría de efecto textual. El énfasis de la escritura borgeana se concentrará, justamente, en borrar las marcas referenciales extratextuales de la fuente de la enunciación.

<sup>10</sup> Borges, Jorge Luis: «La postulación de la realidad», *Discusión* (1932), O.C., Ed. cit., pág. 217.

<sup>11</sup> Borges, Jorge Luis: «El arte narrativo y la magia», *Discusión* (1932), en op. cit., pág. 230.



La crítica fundamental hacia el psicologismo novelesco se explicita con diáfana claridad y gracioso malhumor en el prólogo a *La invención de Morel* (1940) de Adolfo Bioy Casares: «Los rusos y los discípulos de los rusos han demostrado hasta el hastío que nadie es imposible: suicidas por felicidad, asesinos por benevolencia, personas que se adoran hasta el punto de separarse para siempre, delatores por fervor o humildad... Esa libertad plena acaba por equivaler al pleno desorden»<sup>12</sup>. Justamente el empeño de la novela psicológica por borrar su carácter de «artificio verbal» es el centro de la verosimilitud del realismo; su desorden proviene de la búsqueda de la expresividad, de la caracterización individual, no sólo de su concepto de mimesis y de verosimilitud referencialista. Es ésta la que la hace incongruente y, también, abundante (palabra que debería haber entrado en la expurgación que Borges hace en sus *Inquisiciones* junto con «inefable», «misterio» y «azul» todas ellas patrimonio inexcusable de «poetas rebañegos», ejercitadores de «tintorería literaria»<sup>13</sup>; es ésta la que convierte a «algunas páginas, algunos capítulos» de Proust en «inaceptables como invenciones: a los que, sin saberlo nos resignamos como a lo insípido y ocioso de cada día»<sup>14</sup>.

No deja de ser singular la identificación que Borges realiza en «La nadería...» entre el antipsicologismo clásico y el de las «tendencias más discolas de hoy» —se refiere, evidentemente a las vanguardias—, quizá porque este joven Borges, metido de lleno en la desestructuración de los inmediatos precedentes del epos y de lo lírico, advierte que la «nueva literatura» está construyendo un nuevo espacio de ordenación simbólica relacionado con la desindividuación, la horizontalidad y el surgimiento de una subjetividad distanciada de la estatuida por el paradigma romántico.

Desde una puntuación literaturizante de estos dos textos calificados como «metafísicos», se induce, claro está, que la preocupación del joven Borges —diferenciada de la del viejo Macedonio— se concentra en la estética. Verdad de perogrullo que el propio Borges definiría años después, en el Epílogo de *Otras Inquisiciones*, como indicio de su «escepticismo esencial». Cercanísima a ese Borges que afirmaría, al finalizar su convincente refutación del tiempo: «Negar la sucesión temporal, negar el yo, negar el universo astronómico, son desesperaciones aparente y consuelos secretos. Nuestro destino (...) no es espantoso por irreal; es espantoso porque es irreversible y de hierro. El tiempo es la sustancia de que estoy hecho»<sup>15</sup>.

Ahora bien, esta apuntación perogrullesca vendría a explicarme la distante posición de Borges frente a la metafísica y a la literatura balbuceante de Macedonio: desde su confesado escepticismo, Borges levanta, frente a la primacía de la letra, frente a la negatividad, frente a ese regodeo de la nada que hace explotar la enunciación en Macedonio, una afirmación irónica —resignada y deconstructora a la vez— del orden simbólico, sobre el cual erige la máxima congruencia de su mundo ficcional.

La ironía borgeana se detiene en el momento mismo en que la enunciación va a explotar: frente a la incongruencia, al balbuceo, a la utopía macedoniana, Borges explora la congruencia, señala las leyes de la ley y lo distinto de la ley. Su tarea, oblicua e irónica, afirma una especie de hipertextualidad: textos de textos, donde escritor

<sup>12</sup> Borges, Jorge Luis: «Prólogo» a Bioy Casares, A.: *La invención de Morel*; cito por la edición de Trinidad Barrera, Madrid, Cátedra, 1984, pág. 89.

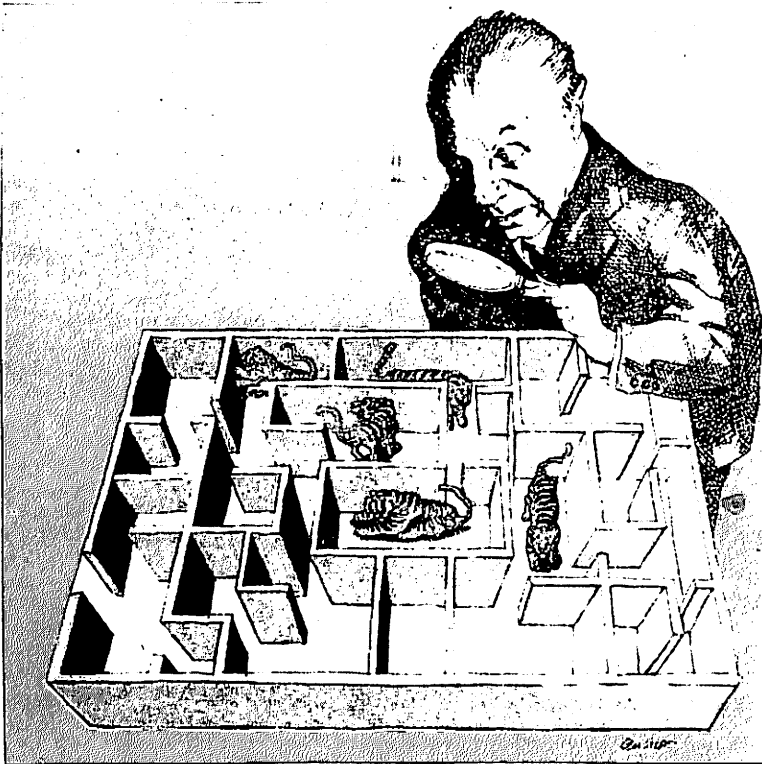
<sup>13</sup> Borges, Jorge Luis: «Ejecución de tres palabras», *Inquisiciones*, Ed. cit., pág. 153.

<sup>14</sup> Borges, Jorge Luis: «Prólogo» a *La invención de Morel*, Ed. cit.

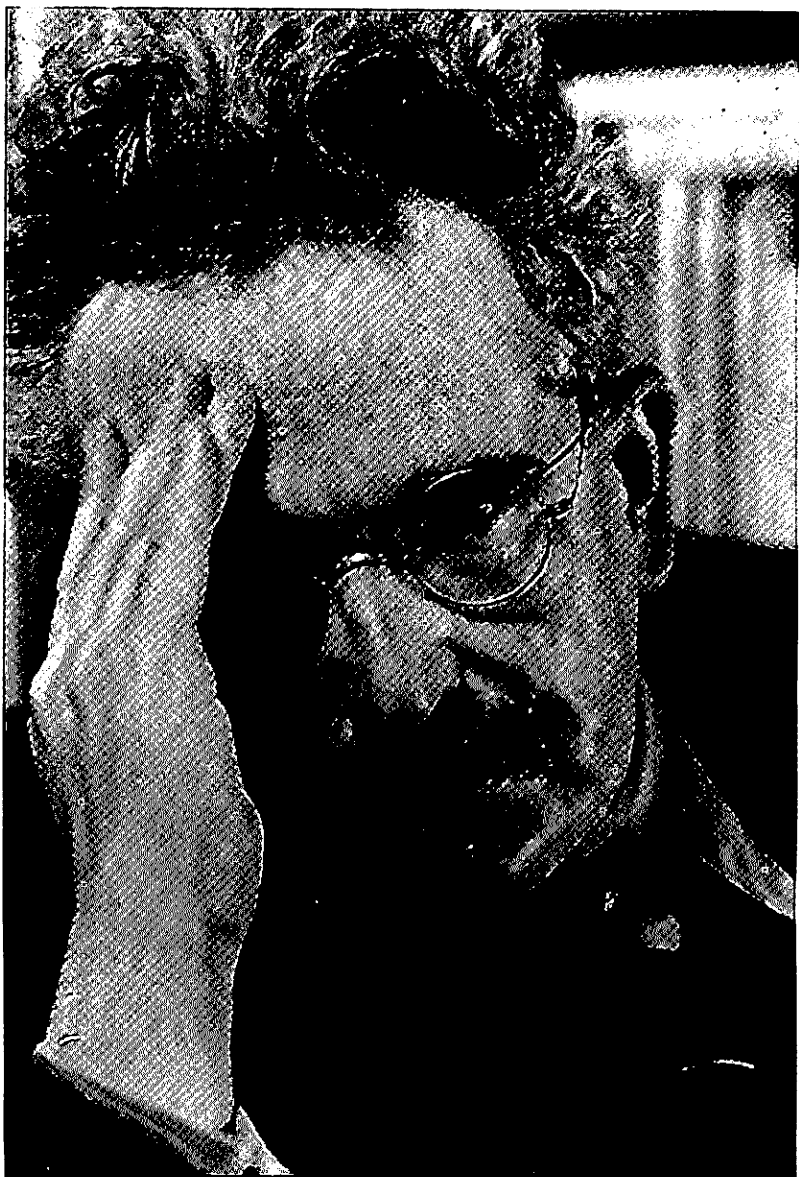
<sup>15</sup> Borges, Jorge Luis: «Nueva refutación del tiempo», *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1977, pág. 771.

y lector se funden, pero no por un efecto de transformación concienical, sino porque escritor y lector son dos lugares homologables: el escritor es un lector. Y, ya se sabe, la actividad de leer es más civilizada, más resignada, y pertenece a esos búhos sinietros que traman la superchería del arte y se entretienen en tejer naderías.

## Sonia Mattalía



Dibujo de Oswaldo



Walter Benjamin en París  
(fotografía de Gisèle Freund,  
1938)

